

ALBUM PINTORESCO.



Coloman, rey de Hungría.

APUNTES HISTÓRICOS.

COLOMAN REY DE HUNGRÍA.

Coloman el bibliófico (Keongres Kalman), sucedió á Ladislao en el trono de Hungría. Dado á los estudios graves y valeroso en los campos de batalla, este rey añadió mas de una página gloriosa á la historia magyar.

Un noble, pretendiente á la corona de Croacia, Pedro, obligó á Coloman á tomar las armas. En una batalla que perdieron los croatas, Pedro fué muerto, y el rey de Hungría, después de haber abolido la monarquía de aquel país, sin destruir, no obstante, las fortalezas que allí se levantaban, se aprovechó de su victoria retrocediendo á las fronteras del reino hasta el Adriático; Había comprendido antes que Corneille que

«La mar es quien da el imperio.»
Abril 24 de 1853.

La Dalmacia, reivindicada por el emperador de Oriente, Alejo, y colocada bajo el protectorado del dux de Venecia, Vital Faliero, fué invadida por los normandos de la Pulla. Los venecianos, demasiado débiles sobre tierra para resistir, se unieron á Coloman, el cual después de haber espulsado á los normandos de las islas limítrofes, llevó la guerra hasta la Pulla, donde el duque Roger aceptó un tratado de paz dictado por sus enemigos. Desde entonces (1096), la Dalmacia fué una provincia de la Hungría, y Coloman coronado como rey de Croacia y Dalmacia en Zara Vecchia, reconoció los antiguos derechos de los pueblos dálmatas.

Bajo el reinado de este monarca, Godofredo se presentó en las fronteras de Hungría, á la cabeza de un ejército de cruzados. Su espíritu caballeresco, su bravura, la rectitud de su carácter y los sentimientos piadosos que le animaban, hacia mucho tiempo que eran conocidos de las

magyares. Por eso Coloman le acogió con una preferencia singular. He aquí la carta que escribió en esta circunstancia al futuro rey de Jerusalem.

«El rey Coloman presenta sus saludos sin lisonjas al duque de Bullon y á todos los cristianos. Tu reputación, mi querido duque, me ha persuadido de que eres un hombre poderoso y justo en tu país, piadoso y honrado por todas partes donde vas, estimado y glorificado por todos aquellos que te conocen. Por esta razón te he amado siempre, y mi gran deseo en este momento es el de verte y conocerte.»

Esta entrevista se verificó cerca del lago de Ferto (Neusiedlsee), lago entonces de reciente formación, donde Coloman esperaba al héroe cristiano en un trono magníficamente decorado. Godofredo no tardó en presentarse; y apenas se distinguieron, cuando una mútua confianza empezó á unir aquellos dos corazones. Inmediatamente fué concedido el paso por

la Hungría al ejército de los cruzados, y un gran rey de los magyares tuvo el honor de apretar la mano al mas grande caballero de la Francia.

FASES DE LA VIDA HUMANA.

FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS.

A. Heriberto G. de Quevedo

(Conclusion.)

IV.

Acogime á la ciencia.

Lei y estudié con el ardor de una inteligencia ansiosa de conocimientos.

¡Nuevas decepciones me aguardaban, fatales cuanto tristes!

¡La anarquía de las ideas que reina en esa Babel, decorada con el pomposo titulo de *ciencia*, turbó mi espíritu!... Casi me redujo al escepticismo.

La duda...

¿Sabeis qué cosa es la duda?

—Es un pesado anatema que abruma á los que temerariamente osan alzar el velo con que la naturaleza encubre sus misterios.

Es un incubo bajo cuyo imperio vivimos, y que haciéndonos insoponible la existencia, de tal manera enlaza, por decirlo así, nuestro pensamiento en la red de sus caprichos, que contra su poder son vanas las rebeliones del alvedrio.

En una palabra: la duda es el suicidio del alma.

Amargamente lloro, no las desvanecidas ilusiones del corazón, sino mis muertas creencias. ¡Lloro esa fé, faro divino que el cielo depara al hombre en el borrascoso mar de la vida!...

¡Ah! Cuando las santas creencias que el materno labio me inculcó, estaban aun vivas en mi espíritu, yo era dichoso, ¡Dios mio! ¡porque bendecia tu nombre! Y si otros temblaban ante tu justicia, yo me deleitaba en la consideración de tus misericordias... ¡Yo comprendia la nobleza de mi ser á sus inmortales destinos!...

¡Amor divino! ¡Dichoso el corazón en que arde tu pura llama! ¡Fuente inagotable de puros transportes! ¡De ti viene toda paz, toda tranquilidad, toda perfección!

V.

¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

¡Sublimes cuestiones, ante cuya magestad emudecen todas las escuelas, todos los sistemas!

—¡Sabios! ¿por qué habeis escrito en el frontispicio del frágil edificio de vuestras teorías este glorioso titulo: —la ciencia?

¿Qué son todas vuestras doctrinas mas que vanidad y aflicción del espíritu?

¡Miserable orgullo del humano linaje!...

¡Vosotros, sabios, cuyos principios no admiten demostración, cuyas teorías en fuerza de su sutileza rayan en groseras, os creéis dignos de oblaciones, y vuestra vanidad no se satisfaría aun cuando os erigiesen altares, aun cuando os levantasen estatuas!

¿Cuáles son vuestros títulos á lo sabiduría? veámoslos:

Os llamais sabios porque, con la ceguera en los ojos, habeis pretendido buscar el espíritu inteligente allí donde no habia mas que polvo y corrupción!...

Os llamais sabios porque, con temerario arrojo, habeis dirigido vuestro vuelo al empireo, y vuestro pensamiento, flotando en la inmensidad del espacio, ha soñado un fárrago de ideas para darnos una del Sumo Ordenador!...

Os llamais sabios porque apreciáis las armonías derramadas en la creación por el desequilibrio de vuestras ideas, porque habeis llevado la osadía hasta medir la divina inteligencia con la cordatad y pobreza de vuestros limitados alcances!...

Os llamais sabios porque blasfemais de la divinidad, calcando el mundo espiritual sobre el mundo material, creando á vuestro antojo eternos castigos, como si la Suma Misericordia pudiera ser medida al nivel de nuestra ignominia é iniquidad!...

Os llamais sabios porque, remontrándoos á las mas recónditas operaciones de la inteligencia, intentais explicarlas, desconociendo completamente las leyes que presiden á las funciones del organismo!... ¿Cabe mayor necedad como la de juzgar de la pujanza de una máquina sin tener noticia alguna del pormenor de sus partes?

Os llamais sabios porque habeis formado de la sociedad un cuerpo homogéneo, y porque la habeis dado códigos escritos con sangre humana!... Para vosotros un criminal es un miembro corrompido, que es preciso amputar para evitar el contagio! ¡Error! El cáncer que mortifica las carnes no puede estirparse ni con poderosos cauterios ni con operaciones quirúrgicas. El virus siempre queda; la fuente morbífica vuelve á desbordarse y la enfermedad en su nueva reacción toma un carácter mas alarmante, porque es mas aguda.

Os llamais sabios porque, nuevos Polifemos, estais prontos á lanzar la pesada roca contra las portentosas conquistas del genio que se oponen á vuestros intereses, á vuestros errores, á vuestras tontas preocupaciones.

Descorramos aun mas el velo que cubre el cuadro de vuestra miseria, cuadro en el que campean ridículos rasgos á la vez que desoladoras imágenes.

Unas veces os proclamais filósofos materialistas, esponiendo con pasmoso lenguaje que la materia es inteligente; que en si misma y sin ageno impulso lleva los medios de crear, producir y multiplicar. Ella fija leyes

á las esferas; ella derrama la armonía en el universo; ella, segun las modificaciones que afecta en los diferentes tipos de creación, asi ofrece los fenómenos de *vegetación, animalidad, inteligencia*: bien y mal; virtud y vicio; justicia, providencia, Dios; palabras vanas que nada significan, hijas de las variadas y opuestas sensaciones que el hombre en su vida experimenta.

Otras veces os titulais espiritualistas, y horrorizados entonces de las que llamais blasfemias del materialismo, estableceis con brillantes discursos, sembrados de atrevidas imágenes, los sublimes principios de vuestras doctrinas. ¿Qué seria la materia sin el espíritu? ¿La estatua de Prometeo antes que la animara con el fuego divino que robó en el Olimpo? Nada menos que eso, respondeis; pues la materia no podria existir sin el espíritu, sin ese aliento divino que la anima, que la asigna los diferentes tipos de creación, desarrollando los fenómenos de forma, vida, sentimiento, inteligencia.

Fatigados con tantas vacilaciones, enarbolais el estandarte del eclecticismo. Venis con el ramo de olivo para poner de acuerdo á esos dos sistemas de tan opuestas tendencias.

«Nuestras doctrinas, decís con el énfasis que acostumbrais poner en vuestros discursos, son las vuestras; mas solamente aquellas que no repugnan á la razón, que están en justa armonía con los hechos ó con la experiencia. Vosotros os lanzais muy lejos en la escrutación de las causas, os absorbeis en la averiguación de los desarrollos de la materia ó en la contemplación de los vuelos del espíritu. En todo hay su *ne plus ultra*. Yo no procedo, como tú materialismo, de la sensación; no como tú espiritualismo, de la revelación; reconozco una y otra, pero no con el entusiasmo vuestro, pues la pasión me cegaría para apreciarlas en su justo valor. Mi base es la conciencia: mi guía es la razón. Creedme y tomadme por vuestro mediador.»

Con todo ese aplomo os espresais, sabios, como si hubiéseis hallado el *absoluto criterio*. Semejantes al piloto que navega sin otra brújula que la de su capricho, tomáis el fuego de San Telmo por la estrella polar, y lanzais la nave en la voragine del escepticismo.

Vuestra escuela petrifica con sus doctrinas la inteligencia, marchita los corazones, euerva al hombre, aniquila sus arranques de entusiasmo, esas magníficas aspiraciones de todo pecho noble y generoso.

Religion, libertad, gloria, progreso del saber; en fin, todos los portentosos partos del genio, caen sobre vuestro anfiteatro; y, anatomistas de la razón, de la filosofía, erigiendo el capricho en escalpelo, desarticulais para venir á decirnos: ¡En ese conjunto, en el polvo de su miseria, hemos solamente hallado un átomo de verdad!

A la vista de tanta vacilación, siento agoviada mi alma con el peso de las dudas; mi fé vacila y desolado esclamo:

¿Dónde está la verdad? ¿dónde la ciencia? Yo, pobre niño, que había ido á buscar un refugio á mis santas creencias en la sabiduría de los hombres, las he visto desvanecerse una á una como flor que azota el viento, llevándose con violencia su perfumada corola.

Yo que creía que iba á rodar en una esfera de luz, me encuentro envuelto en espesísimas tinieblas.

¡Si! ¡La impiedad de los hombres ha dado muerte á los bellos sueños de mi juventud, y la ciencia de los sabios ha contristado mi espíritu!

...
Mi vida puede reducirse á tres fases: la de inocencia y dicha, suave y dulce como los besos de una madre; la de las abominaciones é impiedades que asolaron mi corazón; la de la fé científica, en que creí que la humana sabiduría había de darme la solución del gran problema de la existencia.

¡Ah! ¡la perversidad de los hombres torturó mi corazón de niño! ¡Hízome apurar gota á gota la copa de nefandas amarguras! ¡Desvaneció con soplo aniquilador las preciosas ilusiones de mi alma! ¡Puso cadenas á mis nobles entusiasmos!... ¡Pero ni la pérdida de tantos sueños queridos, ni el rudo aprendizaje á que la adversidad me condenara, me han hecho tanto mal como los ominosos frutos de la ciencia de los sabios!...

En el naufragio de mis santas creencias, una sola prenda he salvado: la pureza.

¿Bastará ella por sí sola para llevarme á seguro puerto en la deshecha tormenta de la vida?

BORINQUEN.

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuación).

—Poco á poco, comodoro; veo que no me habeis comprendido. Os he dicho, y repito, que lady Southwel no comprará jamás á costa de su honra la fortuna y la libertad. En cuanto á ese hombre que llamais su seductor, ella desea vivamente verle cara á cara. ¡Porque un miserable haya tenido la osadía de penetrar furtivamente en su estancia, no se cree ni deshonrada ni culpada! Tarde ó temprano, no lo dudeis, brillará la verdad; tarde ó temprano, vos mismo... Pero alguien nos escucha aquí, exclamó repentinamente sir Roberto interrumpiéndose. ¿Quién es aquel hombre? prosiguió dirigiéndose al

único convidado de la sala, en quien no tardó en reconocer al doctor Bernard. ¿Sois vos, doctor? ¿Y por qué no os habeis acercado hácia nosotros?

—Pensaba... había creído... respondió el doctor visiblemente disgustado de haber sido visto; no conozco al comodoro Southwel, añadió Bernard haciendo una reverencia.

—¿Queréis que os presente al comodoro... amigo mio? preguntó sir Roberto en un tono de fría política.

—Mil gracias, respondió Bernard; estais hablando con él, y deseo que continueis.

Sir Roberto volvió á sentarse á la mesa colocada en el extremo de la sala, sin observar que el doctor Bernard le seguía con la vista y gran ansiedad durante el curso rápido de las siguientes preguntas y respuestas que mediaron entre él y el comodoro:

—Segun eso, comodoro, insistis en no ver mas á lady Southwel; pero puesto que tratais de cederle vuestros bienes, ¿no pensais darle la prueba de esta cesion?

—Aquí la tengo ya escrita y corriente. Si... una donacion completa que he hecho legalizar en Lóndres. Creyendo que estábais en Diepe, quería ponerla en vuestras manos. Mañana temprano os la comunicaré....

—Pues bien, caballero Southwel, os suplico que tengais presente lo que voy á deciros, replicó sir Roberto levantándose: lady Southwel no solamente rehusará vuestros beneficios, sino que me ha declarado que mientras vivais no contraerá nuevo matrimonio. Las riquezas son para ella una afrenta cuando puede ser puesto en duda su honor. Y ahora, ¿creéis en la inocencia de vuestra esposa?

Al pronunciar sir Roberto estas palabras aparecía á los ojos del mismo comodoro con todo el brillo de un generoso defensor. Sin duda pensaba prepararle poco á poco para una entrevista y lograr una escena decisiva entre lady Southwel y él, cuando el capitán Rook, seguido de muchos hombres de la tripulación, entró bruscamente en la sala. El comodoro se alegró en secreto de romper una conversacion en la que se le representaban sus agravios bajo los colores mas vivos; así es que no tardó en desterrar aquellos recuerdos para echar brindis y bravatas.

—¡A vuestra salud, comodoro! exclamó Rook bebiendo sin descansar de cuatro á cinco vasos, pues no era su fuerte la temperancia; aquí nos teneis dispuestos ya al baile como si hubiérais dado la orden. Hay concierto en el establecimiento de baños de esta ciudad, y el baile no puede menos de seguir al concierto. Yo sé de un baile que no me disgustaría ensayar con las hermosas francesas.

—Eso es, rompeos las piernas en una sala despues de haber estado es puesto á verlas devoradas por los tiburones.

—No tengais cuidado, comodoro, porque vuestro amigo Rook las tiene tan firmes como los dos *midshipmen* que le acompañan.

—Dos bravos muchachos que ni un solo momento se han ido á la banda durante la arfada, añadió el comodoro haciendo traer grog, su bebida favorita, y con la cual se curaba la gota. Vamos, señores atención á la voz de mando.

Todos los convidados se levantaron, y sir Roberto fué el único que no bebió.

Una niebla opaca producida por las pipas encendidas envolvió la mesa en un abrir y cerrar de ojos. en una verdadera nube; los convidados chocaban sus vasos, dirigianse mútuos desafíos y llevaban poco á poco á sir Southwel al terreno que mas le agradaba, al de las apuestas, donde sin embargo había sido mas de una vez vencido.

—Todo eso no vale nada, exclamó de pronto con voz de trueno dirigiéndose á sir Rook; todo lo que es posible es indigno de apostarse. ¿Qué estais hablando de andar sesenta millas, de saltar el vallado mas alto del pais de Gales, comerse tanta pimiento de Cayenne cuanta cabe en un frasco, ni de dar vueltas alrededor de una mesa por espacio de cuarenta horas? ¡Me comprometo, sir Rook, á pagaros el valor del mejor caballo que tenga Andercon en sus cuadras, si no tomo un baño de mar ahora mismo!

—¿Qué decis, comodoro? ¿Un baño despues de comer? dijo sir Roberto apoderándose violentamente del brazo del comodoro.

—Ademas, la mar está borrascosa, dijeron á su vez los dos *midshipmen* separando las cortinas de la ventana.

—Y os olvidais de que no hace aun dos horas estuvisteis á punto de tomar un baño! replicó irónicamente el capitán Rook.

Esta última frase picó al parecer vivamente al comodoro. Al lado de sir Rook había dos *gentlemen* del naval club, testigos de su apostador de Brighton. El comodoro Southwel, como todo inglés que llega al paraisimo de la embriaguez, había tomado un aire de seriedad que causaba miedo.

—Yo jamás me desdigo, señores, replicó con la magestad de un emperador y reiteró á sir Rook la apuesta en cuestion. Creo que es cuanto puede hacerse despues de haberse hecho perder las mias.

Herido á su vez el capitán Rook, se mordió los labios, é iba á replicar, cuando vió al comodoro levantarse de la mesa repentinamente y abrir con su mano trémula la ventana.

—¡Hola! gritó sir Southwel á muchos guias y bañeros que pasaban entonces por delante de la fonda, atraídos sin duda por el ruido que había en ella, acercaos y venid á beber con nosotros un vaso de grog. ¿Quién de vosotros quiere meterse en el mar conmigo dentro de un cuarto de hora?

Todos rehusaron, haciendo observar al comodoro la furia del mar y el estado en que él se encontraba.

—¡Vamos! replicó sir Southwel, ¿creéis que soy como vosotros? La

mar me conoce hace tiempo: bebed conmigo, mientras podemos enjuagarnos la boca con el agua salada. ¡Tú, dijo al mas próximo, me parece que tienes el aire de un buen perillan á quien no es necesario repetir dos veces las cosas!

La persona á quien el comodoro acababa de hablar tuvo que hacer grande esfuerzo para contestarle. Sin duda salia con sus camaradas de la taberna del *Ancora azul*, pues se balanceaba por intervalos como una gavia agitada por el viento.

—Bebe te digo, dijo el comodoro presentándole de nuevo el vaso de grog.

El bañero cogió el vaso y lo arrojó al suelo respondiendo:

—Yo no bebo con un inglés.

—En ese caso, querido mio, sois difícil de contentar, replicó el comodoro. El inglés que os habla ha bebido, sin embargo, con testas coronadas, y cuando S. M. Británica me dispensó el honor de visitar hace trece años mi briek el *San Jorge*.

—¿El San Jorge? interrumpió el bañero fijando una mirada atónita en sir Southwel.

—Sí, el San Jorge, de 70 cañones, al mando del comodoro Southwel.... ¡Me mirais entre ojos, así como si quisierais tragarme!

—Comodoro Southwel, replicó el bañero irguiendo la cabeza con aire de orgullo, ¿os acordais de un grumete á quien mandasteis dar hace trece años cuarenta azotes por un salero roto?

—Sí....me acuerdo, contestó el comodoro: hace un momento hablaba de él.... supongo que habra muerto.

—Está delante de vos, exclamó Langlois descubriéndose la cabeza.

El bañero de Diepe parecia espíar al paso las palabras que iban á salir de la boca del comodoro.

Sir Southwel volvió á sentarse, y registrando su bolsillo sacó de él cinco guineas; pero al ver Langlois aquel oro, levantó el pestillo de la puerta y dirigió al salir al comodoro una mirada de cólera y de venganza.

—Buscad á otro bañero, dijo retirándose; os deseo buena suerte, comodoro Southwel.

Los espectadores de aquella escena se interrogaban aun mutuamente con la vista, cuando el comodoro exclamó:

—¡Por la vieja Inglaterra! ¡Jamás he visto un pícaro mas testarudo! Espero que no seguireis su ejemplo, añadió sir Southwel volviéndose hácia sus camaradas.

Pero ninguno contestó, ni aun siquiera halló palabras para espresar su negativa, creyendo, con razon, que el comodoro, cuyo vértigo habia redoblado la presencia de Langlois, se hallaba en un estado incapaz de comprenderlas ni oirlas. Sometido mas que nunca á la pesada influencia de la orgía, sir Southwel persistia en su estravagante proposicion.

—Puesto que no quereis oír nada, replicó entonces sir Roberto, aqui hay uno cuya autoridad no puede ser puesta en duda. ¡Vamos, doctor Bernard; persuadid al comodoro si podeis!....

Y sir Roberto, tranquilo y frio en aquella tumultuosa cena, habia sacado al doctor del rincon de la sala donde le hemos visto sentado desde la entrada del comodoro. La actitud del médico durante el diálogo de sir Southwel y de sir Roberto no habia variado un minuto. Impasible y grave, se asemejaba á uno de esos espías de la Inquisicion de Venecia pagados para sorprender el secreto de alguna conspiracion. Cuando se levantó y se dirigió hácia el comodoro presentado por sir Roberto, el viejo Southwel se deshizo al verle en excusas báquicas.

—¡Cómo! ¡Estábais cenando en el extremo de esta sala y no os hemos enviado siquiera un vaso de clarete! La culpa la tiene la oscuridad y el humo de estribor que exhala mi pipa. ¿No es verdad que vais á permitirme el baño aunque estos señores me lo prohiben? ¿Quereis coñac?

—*Vitanda est post prandium moratio in aqua.* OEtius es quien lo ha escrito, querido amigo, respondió el doctor con tono magistral, brillando al mismo tiempo en sus labios una sonrisa imperceptible.

—¡Al diablo vuestro OEtius, doctor! La mar está magnífica, y por otra parte, es necesario que ese diablo de

Rook, que me ha hecho perder mi apuesta....

—Os repito que no seremos testigos de esa locura, exclamó Rook, quien por otra parte tenia prisa de ir al baile.

—Comodoro, haceos cargo de la razon, añadió sir Roberto: cierto negocio de interés me obliga á dejaros por un momento; tengo que ir á ese baile..... pero volveré..... prometmedme.....

—Os prometo ganar mi apuesta, replicó sir Southwel; sereis el historiógrafo de ella. Cuando el club de yachts sepa que me he bañado por una apuesta....

—Que sir Rook no quiere aceptar, porque, miradle, se marcha, añadió sir Roberto.

—Que se vaya al diablo si quiere; no necesito de nadie. ¡Qué hermoso está el mar! ¡Miradlo como levanta sus olas!

—Sí, y os arrastrará como un chinarro, replicó sir Roberto. Vamos, leed el *Morning Chronicle*, mi querido comodoro; esto calmará vuestras ideas. Os dejo en compañía de este periódico pacífico.

Y viendo sir Roberto que el capitán Rook se habia alejado con sus amigos y los dos *midshiamen*, buscó con la vista en la sala al médico Bernard, pero este se habia ya retirado.

Al dejar sir Roberto la fonda, confiado en que el poder soñoliento del *Morning Chronicle* calmaria la tempestad levantada en el cerebro del comodoro, tomó ademas la precaucion de dejarlo escerrado bajo llave en la sala baja, y avisó á los mozos ocupados en la otra parte del edificio. Queriendo despues advertir á lady Southwel de la vuelta inopinada de su marido, é informarla al mismo tiempo de sus nuevas disposiciones, se dirigió hácia el sitio escogido para el baile.

(Se continuará.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

AVISO INTERESANTE.

Los señores suscritores capitalistas que no se hayan presentado á cobrar los intereses y beneficios del primer año que concluyó el 31 de marzo último ó no hayan avisado para que ingresen en el fondo de reserva, se servirán hacerlo á la mayor brevedad, con objeto de que quede cerrada la cuenta del referido año. Igualmente los que no hayan enviado las libranzas ya caducadas del último semestre, tendrán la bondad de hacerlo para inutilizarlas, en el bien entendido que esta operacion á nadie interesa tanto como al suscriptor puesto que en el caso de extravío podria dar motivo á dudas y complicaciones. La empresa nada arriesga porque legalmente no está obligada á mas que al pago de las libranzas no cumplidas y el sistema que tiene adoptado hace imposible todo fraude; pero el buen orden exige el envío de estos documentos que para nada aprovechan en manos del tenedor.—Madrid 20 de abril de 1853.—El director, FRANCISCO DE PAULA MELLADO.